

Urbana sensación

Oscar Roldán-Alzate



Armando Montoya. *Urbana sensación*. Instalación Teatro Universitario Camilo Torres Restrepo. 2018

No deja de sorprender que cada vez que un discurso sobre la innovación se comienza a desplegar, no tarda la figura del genio en emerger de entre las múltiples citaciones que pretenden hacer evidente la importancia de la sorpresa y la recursividad para hacer más cosas con menos recursos, resolver problemas eternos o, incluso, encontrar nuevos asuntos problemáticos nunca antes atendidos. En casi todos los casos que he experimentado, la figura y el aura genial de Leonardo da Vinci, tarde o temprano, termina por emerger entre la nebulosa ininteligible que los expertos tratan de hacer clara.

Una mirada de retrovisión a 500 años para tratar de hablar de un fenómeno del mer-

cadeo intelectual contemporáneo: la innovación. Esta es la gran paradoja que antecede al término, la tradición sustentando la vanguardia.

En cualquiera de sus modelos de expresión, los artistas son el mejor ejemplo, de todos los tiempos, para hablar de aquello que no acertamos explicar fácilmente. Recientemente, en nuestra universidad, específicamente en el hall del Teatro Camilo Torres Restrepo habitan unos seres particulares. Gallos coloridos se encuentran dentro de una reja juguetona que, gracias a su color azul golosina, invitan a la contemplación y la imaginación inesperada.

Urbana sensación es el nombre de esta atípica exposición artística. Su creador, un oteador sinigual de la ciudad: Armando Montoya, quien, con la disposición azarosa de sus creaciones, nos instala quirúrgicamente preguntas fascinantes en nuestra ordinaria cotidianidad.

¿Qué cosa es la ciudad para su morador? Bloque sobre bloque copia la geografía de un territorio, se evaden sus aguas y se edifican sus cicatrices. Cuerpo a cuerpo se suman sueños, temores, afugias e ideales. Materia y sentir, continente y contenido. La ciudad es creación continua, orgánica, más que simple innovación. Medellín, es creativa más que innovadora.

Esta urbe palpita a cada paso y su espíritu se regocija en cada uno de sus moradores, y estos, a su vez, la hacen única y verdadera. La ciudad es proyección de sus anhelos. El color de su piel es equiparable a su timbre y su ritmo reflejo de su arquitectura. *Urbana sensación* es una metáfora con la que Montoya nos presenta su ciudad ampliada; una que recorre con ojos y oídos inquietos para develar partes inusitadas de su misterio. Clave determinante de la creatividad despierta.

Rejas azul celeste dibujan en su cresta la línea del cielo cortada por las montañas. El padre Amaya, Boquerón y El Picacho, que son algunos de los hitos que sitúan la geografía del Valle de Aburrá, son citas que Montoya remarca como señal poética del ser que se hace ciudad al caminarla, al vivirla. La línea de montañas, que parece el movimiento bursátil de la economía informal, asoma coronada con naranjas maduras, frutas artificiales brillantes que contrastan con el frío metal de *El Cerramiento*. Adentro, un gallinero con gallos gigantes recuerda las porcelanas chinas adoptadas por el pueblo paisa que, al reconocer su herencia campesina, decora con ellas el interior de sus domicilios. Al fondo de la jaula paquetes amarrados, sellados, apretados, confinados a una forma arbitraria contienen el vacío de la vanidad

que como plaga cobija la ciudad con plásticos y colores estridentes, llegados del otro lado del pacífico. San Andresito parece que es chino, no caribe.

Una serie de obras gráficas son testimonio de la invariable mirada y sentir particular de Montoya, una visual que cultiva la inquietud por lo bizarro y la espontaneidad de las construcciones banales que emergen como —errores—, connotados para definir la personalidad de un conglomerado urbano. Rasgos identitarios que a los ojos del artista se convierten en sentir poético de una verdad efímera que atrapa por su mágica belleza.

La ciudad está hecha de piedra e historia, de forma y símbolo. Nosotros, sus habitantes, somos a la vez ciudad, recreamos sus formas y sentir con nuestro gesto divagante por sus arterias, por sus vías que, con el tiempo, parecen taponarse con la abundancia desmedida de los sueños cumplidos de sus moradores: tener, tener y tener sin importar qué y, a veces, ni cómo. Esto lo tiene claro Armando; su trabajo es ciudad, como también lo es él.

Urbana sensación es un llamado a los sentidos, a nuestra atención de ser y estar para vivir la urbe, a nuestra capacidad única de atrapar belleza en las vibraciones múltiples que nuestras mismas decisiones, al habitar, provocan en la ciudad que nos ha sido posible construir. Con esta exposición queda claro que la creatividad del arte difícilmente será relevada por la comercial y productiva idea de la innovación, aunque, a la vez, sean la creatividad y el arte las únicas maneras de justificar la fascinante y escurridiza innovación.

Oscar Roldán-Alzate es artista plástico y magíster en Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia. Dirige actualmente el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Mater*.